

Norma Méndez D

NARRADORES
DE MEMORIAS

3

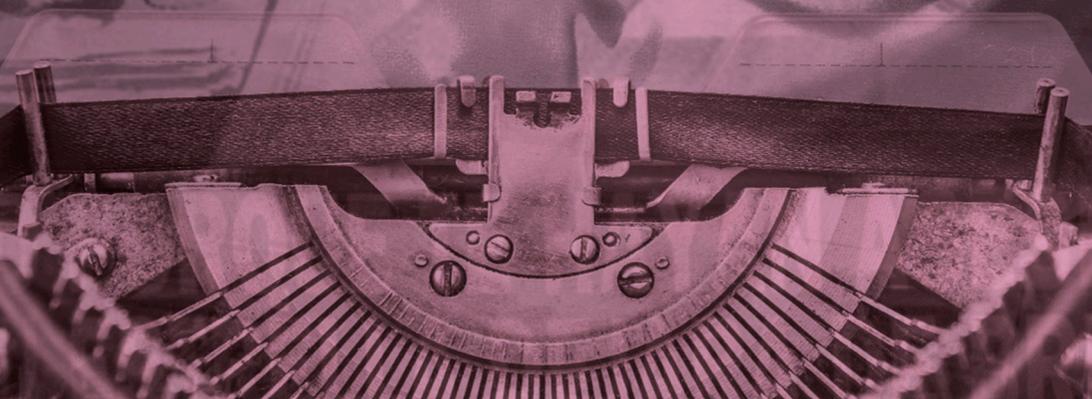
NORMA MÉNDEZ DÍAZ

Yazmín Alfaro

"Si algo le ha pasado
a mi hija, no puedo
quedarme aquí sentada".

Igor Al

Melissa,
sembrando memoria



Este testimonio se publica con el conocimiento
y autorización de los narradores.

NARRADORES
DE MEMORIAS

3

NORMA MÉNDEZ DÍAZ

ME
LIS
SA

Norma Méndez Díaz
Yazmín Alfaro Méndez - Igor Alfaro Méndez





PERÚ

Ministerio de Cultura



Ministra de Cultura

GISELA ORTIZ PEREA

Viceministra de Patrimonio Cultural e Industrias Culturales

SONALY TUESTA ALTAMIRANO

Director del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social

MANUEL BURGA DÍAZ

Centro de Documentación e Investigación del LUM

ELENA PRÍNCIPE

MARIO MEZA

JULIO ABANTO

Cuidado de edición

TERESINA MUÑOZ-NÁJAR

Corrección de estilo

JUANA IGLESIAS

Diseño y diagramación

EVELYN ROQUE

MANUEL ESPINOZA

Narradores de memorias 3: Melissa, sembrando memoria

© Ministerio de Cultura

Av. Javier Prado Este 2465, San Borja - Lima, Perú

Teléfono: (+511) 618-9393

www.cultura.gob.pe

© Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social - LUM

Bajada San Martín 151, Miraflores - Lima, Perú

Teléfono: (+511) 719-2065

Lum.publica@cultura.gob.pe

www.lum.cultura.pe

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2021-12335

Obra completa: ISBN 978-612-4391-42-2

Volumen 3: ISBN 3: 978-612-4391-45-3

Primera edición: diciembre 2021

Fotografía de portada: LUM

Tiraje: 1000 ejemplares

Contenido

Presentación	7
Testimonio de Norma Estela Méndez Díaz	16
La infancia de una niña inquieta y solidaria	17
Un nuevo desafío para Melissa: la universidad y el periodismo	25
Sus inicios como periodista en el semanario <i>Cambio</i>	29
Norma Méndez: una madre entregada a sus hijos	36
El asesinato de Melissa	46
El impacto de la muerte de Melissa en Norma y la familia	53
El inicio de las investigaciones y el lento accionar de la justicia	59
El desafío de Norma: la lucha por conseguir justicia para Melissa	62
El premio Mamá Angélica	70
Reflexiones sobre el largo e inacabable camino recorrido	74
Testimonio de Iris Yazmín Alfaro Méndez	78
Testimonio de Janos Igor Alfaro Méndez	88
Referencias bibliográficas	96

“

*Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;*

*y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.*

”

ANTONIO MACHADO
(1875 - 1939)

Extracto del poema
“Anoche cuando dormía” (1907)

Presentación

En mayo del 2019, nuestro director, Dr. Manuel Burga, realizó un viaje a Alemania, gracias a una cordial invitación de la embajada de ese país en el Perú, con la finalidad de visitar los museos y las instituciones de memoria de las ciudades de Berlín y Leipzig, espacios en los que se conservan e investigan los hechos ocurridos entre los años 1933 y 1945, relacionados al ascenso, apogeo y caída del Partido Nacional Socialista. Posteriormente, el doctor Burga asistió al Musée national de l'histoire de l'immigration en París, donde se preserva la memoria de los inmigrantes que llegaron a Francia procedentes de África y de las numerosas provincias ultramarinas francesas.

Estas dos experiencias constituyen sucesos respecto a los cuales, tanto sus investigadores como los gobiernos involucrados, tratan de encontrar explicaciones, causalidades y legados que ayuden a

construir nuevas ciudadanías. En ambos casos, las memorias personales, de familias y grupos sociales que dan cuenta de lo ocurrido, desde diversas perspectivas y circunstancias, conforman testimonios originales e insustituibles que inspiraron nuestro proyecto “Narradores de memorias”, el cual nació el mismo 2019.

El proyecto se convirtió, de inmediato, en un trabajo prioritario para los equipos del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social (LUM). Sin embargo, el forzado confinamiento por la pandemia del COVID-19 desaceleró el proceso que iniciamos con tanto entusiasmo por lo que, finalmente, decidimos que este fuera coordinado desde el Centro de Documentación e Investigación del LUM. Fue así que concurrieron experiencias e iniciativas individuales que nos ayudaron a identificar a los *narradores* (básicamente deudos de las víctimas del accionar terrorista) y así acopiar sus memorias del modo más fidedigno posible.

Esta tarea no solo ha representado para nosotros un aprendizaje notable, sino que nos ha mostrado la importancia de escuchar al otro y de escucharnos todos con el alma abierta, libres de todo prejuicio. Se le ha brindado la oportunidad a cada *narrador* de presentar su historia desde sus propias y dolorosas vivencias, desde las inquietudes y preocupaciones del presente, con la certeza de que estas dejarán de ser patrimonio privado para, en adelante, formar parte de nuestra experiencia nacional.

Ahora bien, cada *narrador* organizó su testimonio de manera espontánea, haciendo un ejercicio de memoria activa e integradora, con el ánimo de confrontar sus recuerdos e identificar las profundas huellas que no les permiten aún superar el evento traumático. De este modo, el LUM se suma a los esfuerzos por impulsar proyectos de memorialización que formen parte de las políticas públicas, articuladas con la justicia transicional, para que las nuevas generaciones conozcan estas historias y la indismayable lucha de

sus deudos por la verdad, justicia, reparación y no repetición de lo sucedido.

Los *narradores*, como testigos afectados por la barbarie, también han encontrado en el testimonio oral convertido en escritura una manera de aliviar el dolor de sus pérdidas, el consecuente drama de la búsqueda de justicia, y este proyecto, casi sin habérselo propuesto, se convirtió en un modo de identificarnos con ellos; enfatizando la necesidad de que trasciendan el sufrimiento vivido a través de una mayor resiliencia, fraternidad, reciprocidad y solidaridad compartidas. Boris Cyrulnik se pregunta: “¿Cómo definir la resiliencia?”. De inmediato responde: “La definición más sencilla: [consiste en] la reanudación de un desarrollo después de una agonía física”¹. Ese es también nuestro objetivo: la reanudación de sus vidas, de sus familias, de sus comunidades, y del desarrollo de nuestro país. Sus

1 Ana Guadalupe Sánchez y Laura Gutiérrez. “Criterios de resiliencia”. Entrevista a Boris Cyrulnik. Barcelona: Gedisa, 2016, p. 55.

testimonios están acompañados por las opiniones de diversos profesionales e investigadores que exponen sus puntos de vista sobre el denominado período de violencia que afectó al Perú entre 1980 y 2000.

Finalmente, expresamos nuestra gratitud tanto a los analistas como a los testificantes por confiar en el proyecto “Narradores de memorias”; así como al Ministerio de Cultura, a la Fundación Ford y al Proyecto Especial Bicentenario por haber hecho posibles la investigación, edición y publicación de los diversos números de esta nueva colección del LUM.

Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social



Melissa, 23 años. Plaza San Martín. Marzo de 1990. Estudiante de la Escuela Nacional de Periodismo Jaime Bausate y Meza.
Fuente: Revista Sí (1991).

“

*Tengo que ver a mi hija.
La Fiscalía va a entrar,
van a hacer la revisión,
se la van a llevar a la morgue
y no la voy a ver nunca más.*

- NORMA MÉNDEZ -

”



Usualmente, cuando nos reuníamos, tratábamos de conversar de asuntos familiares. No discutíamos sobre política, más bien bromeábamos y nos divertíamos.

Mis hijos hablaban sobre sus cosas personales. Así eran nuestros domingos, aunque no siempre podíamos contar con la presencia de Melissita. A veces había elecciones o algún evento que ella tenía que cubrir como reportera, así que los días que podía llegar a la casa los disfrutábamos mucho, como cualquier familia.

El domingo anterior a su muerte estuvo con nosotros y celebramos juntos a Igor, su hermano menor, pues había cumplido años el 3 de octubre.

Melissa, como siempre, se puso a jugar y a chacotear con sus hermanos. Ese día preparó el almuerzo y, entre risas, nos dijo: “Si no les gusta mi comida, no les voy a cocinar nunca más”.

Así que todos calladitos. Esa fue la última broma que nos hizo mi hija.

Cuatro días después, el jueves 10 de octubre de 1991, la mataron. Y yo me entero porque pasaron la noticia por la televisión.

- NORMA MÉNDEZ DÍAZ² -



² Madre de Melissa. Actualmente tiene 75 años y vive en Pucallpa.

TESTIMONIO DE
NORMA ESTELA MÉNDEZ DÍAZ

La infancia de una niña inquieta y solidaria

Tengo 74 años y esta es la historia de Melissita y de mi lucha por encontrar justicia para ella y para aquellos que como yo perdieron a sus familiares en circunstancias terribles. Para los que no tienen voz y fueron afectados en sus derechos humanos. Para que las autoridades y la sociedad sepan lo que pasó.

Nací en Pucallpa, a orillas del río Ucayali, el 27 de julio de 1946. Me casé a los dieciocho, a los veinte tuve a mi primera hija, Iris Yazmín y, como al año y medio, el 27 de julio de 1968, a Melissa.

Toda mi familia vivió siempre junto al río. Mi Meli era una pequeña preciosa, nació con el dedito en la boca y tuvo esa manía hasta que murió. Siempre fue vivaracha, feliz, creció al aire libre, en una ciudad que por aquella época era muy polvorienta –no había agua potable, ni pistas, ni veredas–, pero con

mucha vegetación. Algunas casas tenían huertas con árboles frutales y cercas de madera. Se veía la tierra roja que es la que le da el nombre a Pucallpa, en lengua quechua³, y Melissita se juntaba ahí con sus amiguitos y con sus hermanos, saltaban de huerta en huerta, jugaban a los bandidos, a las escondidas y a la chapada. Teníamos una vida tranquila.



Melissa con su padre y hermanos en el malecón de Pucallpa. Ella está sentada al centro, delante de su padre.

Fuente: Archivo personal Yazmín Alfaro.

Mi hija fue una estudiante normal que sacaba notas promedio. En el colegio nunca tuve quejas sobre su conducta ni sobre su aprovechamiento. Era intrépida

3 Véase: Municipalidad Provincial de Coronel Portillo, 2017, p. 124.

y solidaria, sobre todo con sus hermanos. Recuerdo que se quería trompear con los compañeros del salón de su hermana cuando la piropeaban o la fastidiaban. A su corta edad ya entendía que eso no era correcto y se enfrentaba a los niños del salón de Yazmín, con ese afán protector que la caracterizaba. Decía que a su hermana no la toquen, que no la molesten, porque si no se verían con ella. Una vez mi mamá, que era profesora del colegio al que iban mis hijos, me contó que tuvo que retenerla en la dirección porque había retado a unos niños a pelear afuera, en la calle. Así que Melissa tuvo que esperarla para salir juntas y evitar mayores problemas.

“*Repito que era una muchacha muy feliz, todo el tiempo sonreía.*”

Nunca la vimos llorar por tonterías o caprichos. Era coqueta, le gustaba que le tomaran fotos posando con sus zapatitos de charol nuevos, con su ropita

nueva. Cuando cumplió los 13 años, tuve problemas matrimoniales con su padre y me separé. Nos fuimos a vivir a Huancayo y, tanto mis hijos como yo, tuvimos que adaptarnos a un nuevo entorno, a otra forma de vida, porque en esa época la idiosincrasia de las personas de la sierra y de la selva era muy diferente. La brecha era inmensa.

Ellos no entendían nuestra manera de ser: abierta y alegre. Mis hijos no diferenciaban a sus amistades por ser hombres o mujeres, pues siempre habían estudiado en un colegio mixto. En Huancayo era distinto. Los colegios eran solo para varones o solo para mujeres. Meli se adaptó a esa sociedad, pero mis otros hijos no.

Si había una presentación escolar, ella participaba, hacía sus coreografías. Una vez la apoyé en la coreografía de la canción “El gato en el tejado”, tipo ballet, y fue muy aplaudida. Era también deportista, calificó para una competencia de salto largo y alto a nivel nacional que iba a haber en el estadio de Huancayo; lamentablemente, en el primer nivel de la prueba, falló por nervios. Pero nunca desmayó, era valiente y aguerrida.



Melissa de 14 años (a la derecha), con sus hermanos Iris Yazmín, Vivian Esmeralda, Fernando Alain y Janos Igor.

Fuente: Archivo personal Norma Méndez.

En su décimo cuarto cumpleaños, su papá le regaló un reloj muy bonito. Yendo justamente a practicar al estadio, un hombre se lo arranchó y no había nadie en el camino que la pudiera auxiliar. No recuerdo bien todos los detalles, pero ella se resistió, aunque no pudo recuperar su reloj. Una atrevida la muchacha de 14 años, enfrentándose con un delincuente. ¡Cómo va a ponerse a pelear sin pensar en las consecuencias! Felizmente no fue agredida.

Como ya dije, mis otros hijos no se adaptaron en Huancayo y, pasado un año, nos vinimos a vivir a Lima. Yazmín enfermó y tuvo que alejarse de la escuela por un buen tiempo, así que las hermanas terminaron juntas el cuarto y quinto año de secundaria. Como su papá trabajaba en un banco, cuando ya iban a entrar a quinto logró matricularlas en el colegio bancario Alejandro Deustua. Allí, con cariño, las apodaron “las pirañitas”.

En esos días también había una marcada distancia entre hombres y mujeres. Los muchachos estaban por un lado y las muchachas por otro, pero “las pirañitas” hicieron revolución. Y lo que lograron fue unir a chicos y chicas, formando un grupo homogéneo, sin diferencias y con mucho respeto. Debido a su carisma se hicieron querer mucho por sus nuevos amigos y amigas, y forjaron una amistad que hasta hoy perdura.

Melissa siempre colaboraba en las presentaciones del colegio, le gustaba jugar básquet y se ocupaba del periódico mural. Nunca se quedaba sentada. Ella y Yazmín eran, además, bien fiesteras. En quinto año no había semana que no las invitaran a un quinceañero.



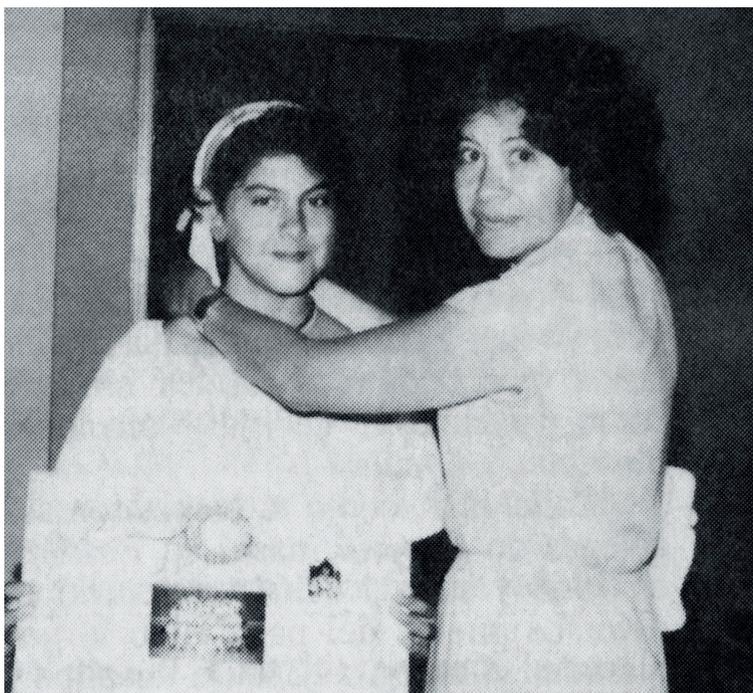
Melissa (a la derecha) en el curso de Educación Física. Coursaba el quinto de secundaria en el colegio Alejandro Deustua.

Fuente: Archivo personal Norma Méndez.

Sus amigos cumplían quince cada dos semanas, ¡imagínense, con 45 alumnos! Afortunadamente uno de sus primos, que ahora radica en España (viajó justo antes de la muerte de Melissa), mi sobrino favorito, Víctor Pita, las acompañaba. “Si él no va, ustedes tampoco”. Él era muy responsable y los tres tenían casi la misma edad.

Ambas hermanas eran bien “patas”. Andaban juntas de arriba para abajo. Al terminar el colegio, mi hija mayor quedó entre las primeras de la clase, pero cuando nos entregaron los certificados de estudios, estos estaban equivocados. Las mejores notas las tenía Melissa y las calificaciones promedio

Yazmín. Tuvimos que hacer todo un trámite en el Ministerio de Educación para que los rectificaran, pues mi hija mayor quería postular a una beca y con esos resultados no calificaba. Lo importante fue que Melissa sabía que esas notas no eran de ella y estuvo totalmente de acuerdo en que se rectificaran. Siempre fue tranquila, asequible. Su hermana tenía un proyecto de estudios y no la iba a perjudicar.



Alumna destacada del colegio bancario Alejandro Deustua. 1984. La acompaña su madre, Norma Méndez.

Fuente: Revista *Sí* (1991).

Un nuevo desafío para Melissa: la universidad y el periodismo

Melissita siempre tuvo la idea de ser periodista, quería estudiar Comunicaciones, así que al terminar el colegio postuló primero a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pero no logró ingresar. Luego intentó en la Universidad Nacional Federico Villarreal y tampoco tuvo suerte. Entonces decidió prepararse en una academia preuniversitaria y así lo hizo. Ninguno de mis otros cuatro hijos fue a la “pre”, era imposible para mí financiar ese gasto, pero todos estudiábamos en la casa. A la hora del almuerzo, agarrábamos la Agenda Mundial (muy conocida antiguamente), pues ahí se publicaban temas de cultura, tecnología, arte, geografía, acontecimientos mundiales, y entre todos practicábamos y nos hacíamos preguntas.

Hasta que un buen día Melissa me dijo: “Mamá, quiero postular a Bausate y Meza”. Yo no tenía

idea de lo que me estaba hablando. “¿Qué es eso?”, le pregunté. “Es una escuela de periodismo”, me respondió. “Bueno hijita, como tú quieras”. Me contó que ya había hablado con su papá y que él la iba a ayudar con la cuota de ingreso.

Fue así que ingresó a la Escuela de Periodismo Jaime Bausate y Meza en 1986. Y comenzó a destacarse en redacción, en fotografía, porque le encantaba la carrera. Todavía conservo sus exámenes y sus cuadernos de esos años, y los reviso para ver qué es lo que puedo dar a conocer y qué no. En sus cursos para periodista, ella no fue una muchacha del promedio para abajo. Todo lo contrario.

Apenas inició sus estudios demostró su interés tanto por los niños como por los adultos mayores. Se peleaba en cualquier sitio defendiendo sus derechos. No es casualidad, pues, que sus primeros trabajos los hiciera conversando con los “pirañitas” de la plaza San Martín. En aquellos años, a ciertas horas, nadie se atrevía a pasar por ahí porque eran asaltados por estos niños. Sin embargo, ella y su amiga Magaly iban a buscarlos a las cinco de la mañana. El papá de Magaly tenía auto y las llevaba. Los entrevistaban

y ellos les contaban sus problemas. Muchos habían sido arrojados a la calle por diversas razones. Niñas que se embarazaron a los 12 o 13 años y las botaron de su casa. Los “pirañitas” dormían en la plaza San Martín, aspiraban Terokal⁴ y, para subsistir, se dedicaban a robar a los transeúntes. Por ahí tenía fotos de esas entrevistas que se me han extraviado. Melissa también abordó el tema de los canillitas, los entrevistaba; lo mismo hacía con los gondoleros del cementerio El Ángel.

“ Ahí también la querían porque se interesó en ver qué hacían, cómo vivían, cómo los trataban. A ella le preocupaba mucho el ser humano. ¡Esa era mi Melissa! ”

4 Marca comercial de un pegamento industrial y doméstico con un contenido tóxico adictivo.

En la Bausate también fue defensora de los derechos de los alumnos. Recuerdo que una vez hicieron una huelga. Ella no tenía ningún cargo, pero participaba en las protestas porque las pensiones subían cada vez más y más o para que les dieran carné universitario. Colaboraba en actividades destinadas a reunir fondos para otros compañeros, haciendo polladas o bailables. Jamás perteneció a ningún partido político. Yo siempre les decía a mis hijos: “Por favor, no quiero verlos en ningún partido político porque condicionan tu actuar. Van a querer que tú hagas o pienses siempre como ellos”.

Esa es mi forma de pensar hasta ahora, aunque no dejábamos de comentar sobre política, sobre los problemas sociales, conversábamos como lo hacemos hoy en día sobre lo que ocurre en el país. Intercambiábamos opiniones y casi siempre estábamos de acuerdo, nunca pensando en izquierdas o en derechas, ni en nada de eso. En ese tiempo no nos importaba tampoco, no lo teníamos muy en cuenta. Lo que hacía ella era levantar la voz si estaba convencida de que algo estaba mal.

Sus inicios como periodista en el semanario *Cambio*

Melissa dejó de estudiar un ciclo porque no podía pagar las cuotas. Sus amigos le ayudaron a hacer una pollada para reunir fondos y reingresó al año siguiente. Pero tuvo un problema: como había participado en los movimientos para reclamar el alza de pensiones y el otorgamiento de carnés, no la quisieron matricular. Tanto pidió que, finalmente, le hicieron firmar un documento en el que se comprometía a no formar parte de ningún movimiento estudiantil dentro o fuera de la institución. Ella tuvo que hacerlo. En ese tiempo la Bausate ya tenía un estatus universitario, pero todavía no era universidad.

Yo no podía ayudarla porque tenía otros cuatro hijos; tampoco su papá, que en esos momentos estaba sin empleo. Ella empezó a buscar trabajo y a fijarse en los anuncios que los canales de televisión y los periódicos ponían en la pizarra de la escuela para

que los estudiantes hagan sus prácticas. Ella visitó varios canales de televisión, pero no le ofrecían ni para los pasajes. Querían ocuparla en labores que no eran periodísticas y ella decía: “¿Por qué voy a lavar platos si lo que quiero es reunir créditos para mis estudios?”. Los editores de algunos programas televisivos le pedían que fuera cuando quisiera, aunque no le podían pagar, que le daban su certificado y punto. Hasta que, en 1989, llegó a la revista *Cambio*⁵.

Fue aceptada como practicante y recibía dinero para su almuerzo y pasajes; si con el tiempo demostraba que podía desenvolverse bien como periodista, tendría la oportunidad de quedarse. Pasado un año, cuando terminó sus prácticas, le dieron un puesto estable y le fijaron un sueldo.

Ella necesitaba el trabajo. Por esos días todavía no había conflictos aquí y nadie sabía de las persecuciones que existían contra la izquierda. Recién cuando entró Alberto Fujimori al poder comenzó el asedio abierto

5 El semanario *Cambio* fue una revista de tendencia izquierdista fundada en 1986 y perduró con altibajos hasta 1992, cuando fue clausurado luego del autogolpe de Estado de Alberto Fujimori. Sus oficinas estaban ubicadas en la cuadra 23 de la avenida Petit Thouars en Lima.

a los grupos de izquierda. También empezaron a explotar bombas y coches-bomba en diversos lugares de la ciudad.

“ *Los atentados ya no solo se daban en provincias sino también acá, en Lima.* ”

Recuerdo que volaron una comisaría en la avenida Colonial con un coche-bomba. Como yo vivía en Ventanilla, ese día pasé temprano por allí. Felizmente el ataque se produjo varios minutos después. Más tarde me enteré de que un amigo, que trabajaba conmigo en el Instituto Nacional de Rehabilitación, pasó con su carro en el momento del estallido, fue alcanzado por la onda expansiva y se quedó medio sordo. En ese tiempo yo no pensaba que el gobierno iba a perseguir a las personas de izquierda y mucho menos a un medio de comunicación. Nunca imaginé que Fujimori iba a realizar una persecución tan brutal acá en Lima.

Melissa estaba muy bien en *Cambio*. Durante el año que hizo prácticas demostró profesionalismo y logró que le publicaran algunos artículos sobre los problemas de agua, luz y acceso a servicios públicos que había en los pueblos jóvenes; sobre las chancherías en las que los niños jugaban en condiciones atroces. Después siguió avanzando en su camino periodístico, incluso hacía entrevistas a políticos. También cubría las elecciones y las ceremonias de fiestas patrias.

“ Por eso, cada vez que veo en la televisión a los jóvenes reporteros correteando y tratando de sacarles algunas palabras a los políticos, me acuerdo de ella. ”

Nosotras nos veíamos una o dos veces al mes. Como yo vivía en Ventanilla, Ciudad del Deporte, arriba, en el quinto sector, a Melissa no le era posible visitarme a cada rato. Ella alquilaba un cuarto con su hermana menor, que es aeromoza, en la casa de una tía, en

Jesús María. Generalmente, cuando nos juntábamos, conversábamos de nosotras, disfrutábamos de nuestra compañía, sin tratar temas políticos. Y Melissa no me decía mucho, hablaba muy poco de esas cosas, pero estaba en desacuerdo con Sendero Luminoso (SL) y con el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Tampoco me contaba sobre lo que estaba pasando lejos, en las provincias, pero ella ya lo sabía. Seguramente, para no preocuparme.

Empezaron las persecuciones contra *Cambio*, que era de izquierda, las llamadas amenazadoras a todos.

“ A ella por ejemplo,
la llamaban al
teléfono de su casa,
la insultaban,
le decían grosería
y media. ”

Las amenazas eran bien fuertes: “Te vamos a violar, te vamos a matar, eres una puta, eres una tal por cual, no escribas sobre esto, aléjate de ese lugar” y cosas así.

Melissita me dijo un día, después de su cumpleaños, el 27 de julio de 1991, que estaba muy asustada, que los amenazaban en el trabajo, los perseguían en la calle y que lo único que quería era terminar su ciclo en la Bausate para poder irse del semanario. Era muy peligroso seguir allí. Ella era una de las dos mujeres que trabajaban en la revista, la otra era Patricia Benza. Después de la muerte de Melissa, Patricia tuvo que irse a Suecia.

El papel de la prensa durante el período de violencia (1980-2000)

La prensa fue uno de los principales actores que estuvieron expuestos a muchos riesgos y peligros en los años convulsionados que vivió el Perú, en medio de las acciones desplegadas por las organizaciones terroristas y la respuesta de los agentes del Estado. Muchos hombres y mujeres de prensa en el ejercicio de su profesión en las zonas de emergencia y en otras regiones del país fueron amenazados, acosados, hasta llegar al extremo de ser asesinados y desaparecidos, durante sus actividades periodísticas para recoger la información y retratar la situación por la que atravesaba el Perú. Algunos de estos casos fueron los de Uchuraccay (enero de 1983), Jaime Ayala (agosto de 1984), Hugo Bustíos (noviembre de 1988), Bárbara D'Achille (mayo de 1989), Melissa Alfaro (octubre de 1991) y Pedro Yauri (junio de 1992). A pesar del tiempo transcurrido, no todos han sido aclarados y otros se encuentran judicializados, a la espera de conocer la verdad y así alcanzar la justicia. El panorama para el periodismo de investigación cambiaría radicalmente luego de 1995, con el surgimiento de la prensa "chicha".

Norma Méndez: una madre entregada a sus hijos

Recuerdo algunas cosas de mí misma, mis viajes por el Ucayali, por ejemplo. No sé qué edad tendría, era pequeña. Recuerdo las vacas de mi tío porque íbamos a su fundo, en el Pachitea, en Puerto Victoria. Él era descendiente de alemán y se había casado con la hermana de mi mamá. Siempre pasábamos las vacaciones ahí. Fue una linda época, había mucha vegetación; los colores y olores de esos días me persiguen hasta ahora. Mi tío sabía hacer quesos y mantequilla. Tomábamos leche fresca de vaca de un sabor inigualable.

Incluso el queso y la mantequilla eran completamente distintos a los que se consumen ahora. Mi padre, que había sido suboficial en la Fuerza Aérea del Perú (FAP), se asimiló en la base de la FAP, en Pucallpa. Luego fue trasladado a Lima. Yo tenía seis o siete años y cinco hermanos. A esa edad salí de Pucallpa

para venir a la capital. Mi niñez fue hermosa. Antes los viajes se hacían en aviones bimotor, el ruido era tremendo y nos producía dolor de oído. Luego llegaron los cuatrimotores. Me encantaba el viento que soplaba no solo por las hélices del avión, sino también en el mismo aeropuerto. Cuando llegamos a Lima y bajé del avión me quedé impresionada, sentí una terrible soledad. Venía de un lugar lleno de vegetación a un mundo de puro cemento. No vi ni una hoja verde, ni un pedazo de pasto. Después me fui adaptando poco a poco a la ciudad.

Acá, en Lima, mi mamá se convirtió en costurera y nos cosía la ropa. Yo tenía mi vestidito de organdí, que era una tela finita, zapatitos de charol, medicitas cubanas y un lacito en el pelo. Mi tía (hermana de mi mamá) era costurera también, como todas las mujeres de mi familia. Ella vivía en San Isidro, cosía para la gente de la alta sociedad y nos acogió en su casa, en unos cuartos que había en la azotea. Nos alojamos allí un tiempo hasta que mi padre pudo alquilar una casa. Con mi deajo de “charapa”, como dicen, encontré un mundo acogedor. La gente allí era muy rica, millonaria, y nos juntábamos con los muchachos en los muritos de afuera de las casas, nos sentábamos

ahí y hacíamos nuestra patota. Me recibieron muy bien. Jamás me sentí discriminada por ellos. Siempre me aceptaron con mucho cariño. Después mi papá consiguió una casita en Miraflores, a una cuadra de la línea del tren que ahora es el “Zanjón” [Vía Expresa, actual vía del Metropolitano].

Ahí también hice otros amigos, aunque recibí un poco de maltrato. A los 12 años, los muchachos de mi nuevo barrio me molestaban, me decían “bruja” cuando pasaba a hacer las compras. Tenía la boca grande y los pies chuecos. Para corregir mi andar mi papá me hacía caminar sobre una línea bien derecha, sujetando una escoba en mi espalda.

Entonces, cuando caminaba en la calle como militar, los muchachos me gritaban: “¡Un, dos, un, dos, un, dos!”, como diciendo que iba demasiado estirada. Esas cosas que me hicieron sufrir un poquito, ahora me dan risa. Porque me transformé, tanto que a partir de los 15 años mis tíos me llamaban “patito feo”.

Estudié en un colegio privado. Nunca fui una alumna deslumbrante. La directora era una inglesa-francesa, veterana de la Segunda Guerra Mundial, y

había abierto un colegio chico nomás, en la avenida Arequipa, en Miraflores. Cuando este cerró, mi papá me matriculó en el Juana Alarco de Dammert, donde terminé la primaria. Después lo trasladaron a Talara (Piura) y nos volvimos a mudar. Era otro ambiente, había muchos cerros y arena, pero igual me adapté. De Talara recuerdo La Tablada porque ahí se ubicaba la villa de la FAP. Nos quedamos un año, hasta que mi padre murió cuando yo estudiaba el primer año de secundaria.

En diciembre de 1960, a mi padre le descubrieron un cáncer agresivo de hígado, ya en último grado. Yo creo que cuando él se enteró de que ya no le quedaban más de tres meses de vida, quiso hacer muchas cosas en ese poco tiempo. Nos llevaba a las playas de Talara en Piura y nos enseñaba a nadar. Recuerdo su desesperación por querer compartir con nosotros sus últimos días. En marzo de 1961 volvió a Lima e ingresó muy grave al Hospital Militar. A nosotros solo nos quedó esperar su final.

Lo triste es que, en esos momentos, no había aviones de carga que nos pudieran llevar a Lima de emergencia. Afortunadamente mi madre, mi

hermano mayor y mis dos hermanitos menores pudieron embarcarse en uno que venía de Panamá. Yo me quedé a cargo del resto de la familia en la casa de una vecina hasta que, después de unos días, conseguimos un vuelo que nos trajo a Lima.

“ Pude estar con mi padre en sus últimos días. Fue muy triste y difícil verlo puro hueso y pellejo, él que había sido un hombre tan guapo, alto y fornido. ”

Instalados nuevamente en Lima, empecé mi segundo año de secundaria en la Gran Unidad Escolar Isabel La Católica. Mi tío Jorge Díaz, hermano de mi mamá, que también era de la FAP, luchó bastante para que siguiéramos teniendo una casa en San Roque, junto a Las Palmas. Finalmente lo logró. Lamentablemente,

la pensión de mi papá era ínfima porque no le reconocieron todos los años de servicio y mi mamá se vio en apuros. “Tengo que hacer algo, yo no sé trabajar en nada, solo sé coser. Regresamos a Pucallpa”, nos dijo.

Allá mi tío Carlos Díaz era director regional de Educación y mi mamá decía que podía conseguirle un trabajo. Fue así que volvimos y terminé la secundaria en mi tierra natal. En esa época atravesamos serios problemas económicos y me vi en la obligación de convertirme casi en mamá de mis hermanos. Y es que mi madre consiguió trabajo, pero no en Pucallpa sino en Masisea, que está a cinco horas de distancia. Antiguamente, el recorrido se hacía más largo porque los motores de las lanchas eran menos veloces. Por eso mi mamá se quedaba tres meses en Masisea y yo en Pucallpa con una tía, pero a cargo de mis hermanos.

Tenía que ir al colegio, estudiar, cuidar a mi hermanito de seis años, a los otros más grandecitos, incluso tenía que vigilar a mi hermano mayor; en esos tiempos la mujer era la que tomaba las riendas de la casa. El hombre siempre, pues, era el pobrecito.

¿Qué pueden hacer ellos? Nosotras éramos las que teníamos que asumir la responsabilidad de todo.

En el colegio recibimos ayuda de los padres canadienses. Ellos colaboraban bastante, nos daban media pensión. Salíamos a las siete de la mañana de la casa y nos quedábamos en el colegio hasta las cinco de la tarde. Recuerdo que después de almuerzo, pasábamos al dormitorio porque había internado, nos hacían descansar una hora y volvíamos otra vez a clases. Así pasé mi juventud, entre curas, rezos y misas.

Para apoyar a mi mamá, en las vacaciones escolares trabajaba de dependiente. Empecé en una librería, pero como sufrí acoso sexual del dueño, tuve que dejarla. Después estuve de secretaria en una empresa radial muy grande, famosa allá, y que decían que el dueño era mi tío. Nunca nos reconocimos como parientes, pero ahí sufrí abuso laboral porque mi tío no me pagaba. Cuando mi mamá fue a reclamarle, él se enojó y me botó. Después estuve en una farmacia; también en la ventanilla de una cooperativa. No puedo decir que alguien se haya quejado nunca de mi trabajo. Todo lo contrario.

Al terminar la secundaria, ya estaba enamorando con mi esposo, el papá de Melissa, Fernando Alfaro; incluso había pedido mí mano. Y nos casamos. Yo tenía, como ya dije, 18 años. Casarme fue mi única opción; en Pucallpa no había qué estudiar, ni siquiera secretariado. Solo nos quedaba la Escuela Normal⁶. Ingresé, pero solo estuve seis meses pues si bien ser maestro es una carrera loable, no era la que yo quería seguir.

Con el tiempo conseguí trabajo en el nuevo hospital de Pucallpa como secretaria de dirección, y me quedé en el sector Salud hasta que cesé a los 47 años, bajo el Decreto Ley 20530, que es un régimen especial conocido como de Cédula Viva⁷.

Al año de nacer Melissa vino su hermanita Vivian, después de cinco años nació mi hijo Fernando Alain, y pasados otros cinco años llegó Janos Igor, el último de mis hijos. En esa época me separé de mi esposo y nos fuimos a Huancayo, como ya les he contado.

6 Hasta fines de los años sesenta se le denominaba “Escuela Normal” a los institutos pedagógicos.

7 Ley que permitía la jubilación en el sector público de las trabajadoras con doce años y medio de servicios y de los varones con quince años de servicios. Fue promulgada en 1974 y derogada de manera definitiva en 2004.

Cuando nos trasladamos a Lima, asumí el cargo de asistente de personal en la nueva Región de Salud del Callao. Luego me nombraron jefa de la Unidad de Selección de Personal en la Dirección de Recursos Humanos en la misma región, hasta que Alan García fue elegido presidente de la República y dispuso que fuéramos reubicados porque, según él, éramos demasiados. Finalmente, y después de enfrentar algunos problemas, acepté mi reubicación en el Instituto Nacional de Rehabilitación, donde trabajé en la misma sección de recursos humanos, pero a nivel de hospital. Ahí cesé a pesar de que me ofrecieron la administración de las oficinas que tendrían a su cargo abastecimiento, lavanderías y comedores; pero ya había presentado mi renuncia porque mi hijo Igor se quedaba solo en Ventanilla. Sus hermanos estudiaban en Lima.

Igor iba a un colegio estatal cerca de la casa y empezó a tener un comportamiento difícil: se puso agresivo, gritón, llorón, caprichoso. Entonces pensé: “Tengo Cédula Viva, tengo más de veinte años de servicios, así que me voy”. Desde ahí me dediqué a mi casa en Ventanilla, como ya conté, Melissa y la menor de mis hijas se fueron a vivir a Jesús María, por motivo de

estudios y trabajo. Era realmente difícil desplazarse de y hacia Ventanilla, había solamente dos carros, un Ormeño y otro amarillo que Fernando Belaunde había puesto cuando creó la Ciudad del Deporte, era como un Ikarus⁸.

En esa época, a los 43 años más o menos, postulé a Ciencias Administrativas en la Universidad Nacional del Callao e ingresé. Mi sueño era estudiar medicina, pero me dije que sería mejor especializarme en administración. A esas alturas medicina era mucha carga para mí. Justo me tocó estudiar en la época del terrorismo, logrando hacer un ciclo por año a lo largo de tres años, cuando pude haber completado seis ciclos en ese tiempo.

En octubre de 1991, justo en plenos exámenes, asesinaron a Melissita. Abandoné los estudios y me perdí en la depresión por casi diez años. Esa es mi historia hasta antes de que mataran a mi hija.

⁸ Marca de un tipo de ómnibus integrado para el transporte urbano de larga distancia en la ciudad.

El asesinato de Melissa

Ese jueves 10 de octubre de 1991 tenía un almuerzo en casa de una amiga por su cumpleaños. Todos mis hijos estaban regados: Igor en Ventanilla y los demás estudiando o trabajando.

Cada uno se enteró por su lado. Su padre estaba en Pucallpa, ya había asumido la vicepresidencia de la recién creada Región de Ucayali.

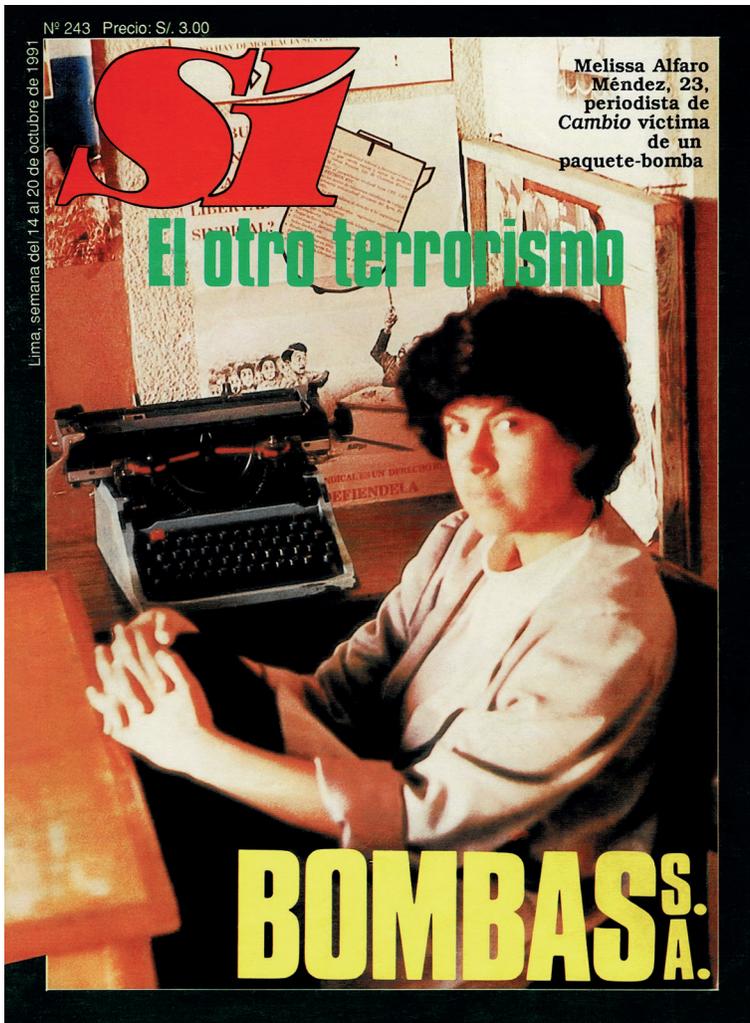
Nadie me dijo a mí lo que pasó, lo supe por la televisión. Incluso mi amiga se paró frente al aparato queriendo tapar lo que estaban anunciando.

Pero no logró hacerlo. A través de sus piernas pude leer el nombre de mi hija: Melissa Alfaro. Y no tenía que ser muy sagaz para saber que si colocan un cintillo con el nombre de un familiar es porque se trata de algo grave. Le dije: “Retírate, ¿qué pasó?”. “No, no, no, nada, nada”. No me dejaba ver, así que salí

volando de su casa⁹. Ella me siguió, llamó a un amigo que es médico y tenía carro. Me dijeron: “Entra, que te vamos a llevar”. Y en vez de conducir hacia el local de *Cambio* se dirigieron a la comisaría que está ahí cerca, en Petit Thouars, y me pidieron que mientras le preguntaban al jefe, que era amigo del doctor, lo que había pasado, yo tratara de comunicarme con mi exesposo. En esa oficina había una mujer policía que intentó comunicarse con Ucayali por radio, pero fue imposible.

Recuerdo que daba vueltas desesperada hasta que dije: “¡Ah, no! Ellos no me van a llevar. Yo me voy”. Sabía que tal vez no volvería a ver a mi hija y empecé a correr hacia el semanario. Mis amigos me alcanzaron en su coche. “No, Normita –me dijeron–. ¿Cómo vas a ir?”. “Tengo que ver a mi hija. la Fiscalía va a entrar, van a hacer la revisión, se la van a llevar a la morgue y no la voy a ver nunca más”.

9 La investigadora Mercedes Figueroa (PUCP) reconstruyó los hechos ocurridos ese fatídico día 10 de octubre de 1991: “[...] Entre tanto, al promediar el medio día, un sujeto de porte atlético, mestizo, de unos 25 años de edad y de 1.70 m. de altura, llegó al local del semanario *Cambio* [...], hizo entrega de un ejemplar de un periódico francés en la recepción del semanario, el cual contenía un artefacto explosivo en su interior. Ese mismo día, aproximadamente a las 2:30 pm., Melissa Alfaro retornó al semanario, recogiendo en la portería toda la correspondencia, luego se dirigió a su oficina para revisarla y clasificarla, y al abrir dicho sobre estalló el artefacto explosivo, perdiendo la vida instantáneamente” (Figueroa, 2012: 141-142).



Portada de la Revista Sí mostrando el caso del asesinato de Melissa Alfaro.

Fuente: Archivo personal Yazmín Alfaro.

Melissa y yo habíamos hecho el pacto de nunca abandonarnos, nunca dejarnos, nunca alejarnos.

“ Yo pensaba: “Si algo le ha pasado a mi hija, no puedo quedarme aquí sentada”. ”

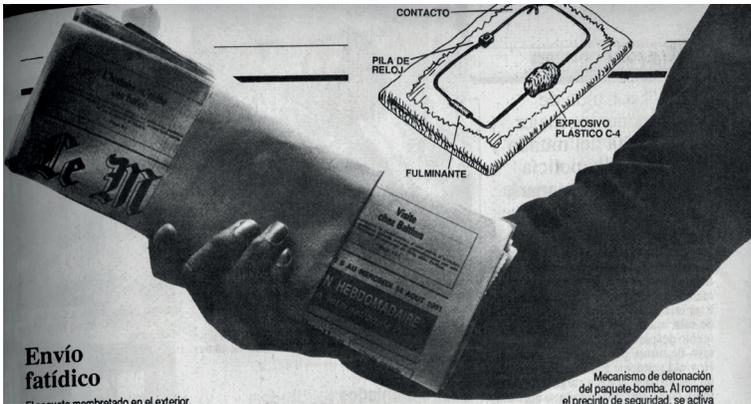
Ya sabía que había muerto, me lo dijo el policía de la comisaría cuando le pregunté: “¿Qué es lo que ha pasado con la señorita Melissa Alfaro?”, y él me preguntó a su vez: “¿Qué es para usted la señorita?”. “Es mi hija”. “¡Ah, ya! Murió”. Así, de frente y hasta con un poco de rabia, como si mi hija le hubiera hecho algo. Eso es lo que nosotros tenemos en nuestra mente. Nos cruzamos con personas sin saber quiénes son o cómo son, sin conocer sus historias y, sin embargo, las estigmatizamos, sin pensar en el daño que les podemos hacer. Ese policía actuó así conmigo, me dio una puñalada de esa manera.

Cuando trabajé en el hospital de Pucallpa, yo era la secretaria de todos los médicos, porque cada uno de ellos hacía de legista por turnos. Tipeaba

las necropsias, los peritajes que se hacían a las víctimas de los asesinos, de los violadores, a las violadas, a todos. Sabía lo que era una necropsia o un levantamiento del cadáver. Y yo decía: “No voy a poder ver a mi hija, no la voy a poder ver”.

Por eso fui corriendo a despedirme de ella. Tenía que hacerlo. Mi amiga tenía miedo. “No, Normita, ¿tú sabes cómo la vas a encontrar?”. Le respondí que eso no me importaba, que debía despedirme de mi hija, que debía verla. Si no lo hubiera hecho, seguramente en estos momentos no estaría viva; me hubiera quedado con una tristeza tan grande que no hubiera podido aguantar pese a tener cuatro hijos más. Era demasiado doloroso.

Llegué justo cuando ya la iban a sacar envuelta en una sábana. Toqué la puerta, me abrió un policía: “Vengo a ver a mi hija”, le dije. Y cuando el policía no me quería dejar entrar alegando que el juez no había dado la orden, hice un gran lío, comencé a llorar y a gritar hasta que un médico, que estaba a mi lado, le dijo: “Déjenla entrar, yo soy médico y la voy a atender, no se preocupe”.



Mecanismo de detonación del paquete-bomba. Al romper el precinto de seguridad, se activa un contacto que pone en funcionamiento la pila que produce el fluido para el detonador.

Fuente: Revista Sí (1991).

De esa manera me dejaron pasar y pude despedirme de mi hija. Y hoy estoy aquí, contando esta tragedia, haciendo memoria.

A pesar del miedo que tenía por todas las amenazas que recibía, ella quería terminar el ciclo porque le pagaban un sueldo en el semanario *Cambio*. Sabía que debía retirarse, incluso le pidió ayuda a su papá para que le consiguiera trabajo en otro periódico. En algún momento, Gustavo Mohme Llona¹⁰ la quiso contratar en su diario, como archivadora, correctora y no sé qué. Pero ella no aceptó porque

¹⁰ Director fundador del diario *La República*.

ya era periodista en el semanario. Dijo: “No voy a retroceder a sentarme otra vez a hacer papelitos”. Y rechazó el ofrecimiento. Fue su decisión.

Melissa tenía un novio, él era chileno, asilado acá porque su padre había sido asesinado y desaparecido por Augusto Pinochet¹¹; parece que se metió en protestas, en grupos y tuvo que salir de su país. Cuando allá ganó el “No”¹² y Patricio Aylwin asumió la presidencia, invitó a todos a regresar a Chile bajo mejores condiciones, apoyándolos para que continuaran sus estudios. El novio de mi hija también estaba en la Escuela Jaime Bausate y Meza, aunque se conocieron y se enamoraron en el semanario.

Él decidió regresar a su país y no sé cómo quedaron o cómo se arreglaron porque estaban muy enamorados. Uno de los proyectos que tenían en ese tiempo era hacer un magazín de cultura, de teatro. Cuando Melissa me contó que iba a renunciar, no me dijo que quería irse a Chile, pero me parece que eso era lo que deseaba.

11 Dictador en Chile entre 1973 y 1990.

12 Se refiere al plebiscito que puso fin a la dictadura chilena en 1988.

El impacto de la muerte de Melissa en Norma y su familia

Después de la tragedia, asumí el papel de madre víctima, mientras que mi exesposo se hizo cargo de todo junto con mis hijas, la mayor y la tercera. Los tres. Nunca dejaron que la prensa llegue a mí ni que me pidieran ninguna declaración. Jamás me fastidieron, tampoco me persiguieron, la prensa me respetó mucho, respetó mi dolor y yo no conversé ni con los compañeros de mi hija, ni con el director del semanario. Ni siquiera los conocí. Después del atentado, Fujimori mandó a las Fuerzas Armadas a allanar y tomar el semanario. Se llevaron todo, tomaron presos al vigilante y a cuatro periodistas que estaban ahí, los acusaron de terrorismo y fueron condenados por un tribunal “sin rostro”.

Afortunadamente, después salieron libres, gracias a la Comisión de [Ana Elena] Townsend y del padre [Hubert] Lanssiers, quienes demostraron su

inocencia. Recién entonces conversé con uno de los periodistas que salió de la cárcel. Hablé solo una vez con él, estaba destrozado. No hablé con los demás. Y si lo hubiera hecho, solo habría querido que me contaran cómo era Melissa en el trabajo, cómo la querían, cómo la recordaban y todas esas cosas que yo no sabía porque solo la veía una vez por semana.

La Comisión Episcopal de Acción Social [CEAS] tomó el caso de Melissa con el doctor José Ugaz, porque él era su asesor legal en esa época (1991). Tuvimos algunos contactos con ellos para ver qué cosa estaba pasando, cómo iban a encarar la denuncia y cuál era la situación legal de Melissa. También hubo un problema para registrar su defunción porque después de hacerme esperar todo un día, me entregaron una constancia de su muerte para que la llevara al Registro Civil de la Municipalidad de Lince. Estaba tan alterada que nunca leí el documento que me dieron para ese trámite. La jefa del Registro se puso triste por mí y me dijo: “Señora, este papel que le han dado no tiene nada que ver con la causa de la muerte de Melissa, esto no nos sirve. Tiene que volver usted a la avenida España y pedir que le den el oficio de reglamento. Lo que están haciendo es fastidiarle, lo

han hecho a propósito. Comprendo su dolor, pero ellos saben lo que hacen, son personas malas. Tiene que volver a hacer el trámite, vaya usted con su abogado; de lo contrario, no vamos a poder registrar la muerte de su hija”.

Tuve que recurrir al doctor José Ugaz, quien mandó al doctor John, su asistente legal, y fuimos otra vez a la comisaría a exigir el documento que nos pedían. El doctor John les habló bien fuerte y otra vez nos tuvieron todo un día ahí esperando por el dichoso oficio. Todo eso fue muy raro, pues todos los documentos para asentar la denuncia y sacar la partida de defunción los tenía la policía. Supongo que era el informe de la necropsia, no recuerdo muy bien qué documento me tenían que entregar.

En ese sentido, deploro la actitud de la policía. Yo pertenezco a una familia de militares. Mi papá y mis tíos me enseñaron que a los militares, al gobierno, a la policía se les respeta. Cuando sucedió ese hecho el mundo se me cayó encima. Y algunas de las preguntas que me hice fueron: ¿Qué hubiera pasado si mi padre hubiera estado vivo? ¿Qué habría hecho él siendo militar?

Todos mis familiares asistieron al velorio de Melissa, muchos vinieron desde Pucallpa. Mis tíos del lado de mi mamá, mis primos por parte de padre estuvieron allí. También acudieron sus amigos y compañeros de promoción. Recibí mucho apoyo, mucha solidaridad, pero eso fue en ese momento, luego el tiempo pasó y ellos se han ido alejando. Recibí las condolencias de la Asociación Nacional de Periodistas (ANP) a través de su presidente, que también era el rector de la Universidad Bausate y Meza, aunque fue un poco raro porque me las dio más como presidente de la ANP que como autoridad de la universidad donde mi hija estudiaba.

En el momento inmediatamente posterior a la muerte de Melissa, mi familia y yo no nos dábamos cuenta de lo que estábamos pasando. Yo no me daba cuenta, por ejemplo, de que estaba hundida, casi enterrada junto con ella, en una depresión que me duró varios años, hasta que empecé a recibir tratamiento psiquiátrico y psicológico en el CAPS [Centro de Atención Psicosocial] que es una ONG, luego de revisar unos documentos de Aprodeh (Asociación Pro Derechos Humanos), donde recomendaban acudir al CAPS para recibir apoyo. Estaba tan mal que tuvieron que

medicarme y empecé a tener otra visión, como que había luz a los costados y no solamente al frente, a través de una puertita chiquita. Y comencé a sentir que salía de un túnel oscuro, junto con mis hijos.

“ Con el tiempo y tal vez cuando empiezo mi lucha y me involucro en las acciones por la defensa de los derechos humanos, los familiares que me acompañaron en el entierro de Melissa se apartaron un poco de mí. ”

Creo que nos tienen un poco de miedo a los que luchamos por los derechos de los otros. Nos han estigmatizado. Personalmente, sufrí el alejamiento de mi familia, aunque no perdí su cariño porque cuando posteo algo en Facebook siempre hay algún pariente que me manda su apoyo, a pesar de haber creído que me miraba mal, que me tenía bronca y

hasta miedo. Puedo decir que ahora me siento más acompañada que antes.

Actualmente, mis hijos y yo tenemos la intención y está dentro de nuestros proyectos reunirnos y conversar (porque nunca lo hemos hecho): cómo nos enteramos, cómo nos chocó o cómo nos afectó la muerte de Melissa y cómo les afectó a ellos que yo los haya abandonado. Ellos siguen soportándome hasta ahora y llegará un momento en que podamos conversar, estar juntos, hablar, llorar y decir las cosas; pero eso todavía está en un proceso.

El inicio de las investigaciones y el lento accionar de la justicia

Por parte de la policía hubo una primera investigación en 1991. Por su lado, el papá de Melissa tenía un amigo que había trabajado en Pucallpa y era jefe acá, en la avenida España. Mi exesposo me cuenta que su amigo le dijo: “Mira, Fernando, ya no puedo avanzar más, hasta aquí he podido llegar. Tengo las puertas cerradas, no puedo seguir la investigación”, y ahí quedó todo. Después vino la amnistía de Fujimori al personal militar y policial acusado y procesado por violaciones de derechos humanos¹³.

Nadie quiso tomar de nuevo el caso a pesar de que mi hija Yazmín, la mayor, tocaba todas las puertas para continuar con las investigaciones.

13 Ley 26479: Conceden amnistía general a personal militar, policial y civil para diversos casos de violaciones de derechos humanos. Fue aprobada el 14 de junio de 1995.

En 1994, cuando sale a la luz el tema de Leonor La Rosa, agente del Servicio de Inteligencia del Ejército, y las organizaciones de derechos humanos se ocupan de su caso, mi hija se indigna y les escribe diciéndoles: “¿Cómo es posible que no acepten el caso de una periodista asesinada y sí el de una asesina?”. Bueno, ella lo dijo así de cólera¹⁴.

Nos llamaron de Aprodeh. Hablaron conmigo, pidieron los documentos de investigación del caso de Melissa y nunca fueron encontrados. En 1992, Fujimori había allanado el Poder Judicial y quemaron muchos expedientes. Los militares no quieren abrir sus archivos, hay muchas instancias a las que no podemos acceder. Tuvimos que empezar de nuevo, de cero.

Si bien el atentado contra mi hija se le achacó a Sendero Luminoso, la UDEX [Unidad de Desactivación de Explosivos de la Policía Nacional del Perú] lo desmintió aclarando que los explosivos y el sistema utilizados en esa oportunidad solamente los maneja

14 El caso al que alude la señora Norma Méndez ocurrió en realidad el 6 de abril de 1997, en el programa *Contrapunto* de Canal 2. Allí se hacen públicas las denuncias de la señora Leonor La Rosa sobre torturas sufridas en las instalaciones del Cuartel General del Ejército.

el personal altamente especializado que asiste a la Escuela de las Américas; es decir, los militares.

Eso figura en el informe que está en el nuevo expediente, y que apunta hacia el gobierno y hacia los militares.

Además, la modalidad empleada no fue la de un grupo paramilitar, sino fue un asesinato selectivo en el que estudiaban a las personas que querían asesinar y les enviaban un explosivo. Por ejemplo, al abogado Augusto Zúñiga y al excongresista Ricardo Letts les mandaron un sobre-bomba (Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, 2009: 13, 41).

El atentado al semanario *Cambio* no fue con un sobre-bomba sino con un “periódico-bomba”¹⁵ (Figueroa, 2016: 85). Lamentablemente, mi Melissa lo abrió. Si hubiera venido en un sobre a nombre de su director Carlos Arroyo, nadie lo hubiera abierto.

15 Figueroa indica que el “explosivo utilizado estaba compuesto de 200 gramos de ambo-gelatina, material de uso militar, similar al utilizado en el atentado del 15 de marzo de 1991 contra el doctor Augusto Zúñiga, asesor legal de la Comisión de Derechos Humanos (Comisedh)” (Figueroa, 2012: 142).

El desafío de Norma: la lucha por conseguir justicia para Melissa

La muerte de mi hija nos aisló, no tuvimos contacto con nadie por diez años hasta que Alejandro Toledo entró a la Presidencia de la República (2001-2006). De hecho, cuando empezó el juicio de Fujimori yo todavía andaba buscando cómo dar a conocer lo de Melissa, cómo y dónde presionar. Ya había empezado el trámite en Aprodeh, en 2004, con el apoyo de la doctora Gloria Cano; incluso conversaba con la psicóloga, pues quería saber si ella estaba enterada de la existencia de grupos familiares para poder insertarme en alguno y empezar un camino de ayuda mutua. Me invitaron a asistir al juicio de Fujimori¹⁶ y estando allí conocí a las víctimas del caso Cantuta: Carmen Amaro y Gisela Ortiz, entre otras.

16 Primer proceso judicial realizado a Alberto Fujimori entre los años 2007 y 2009 por la matanza en Barrios Altos (noviembre de 1991) y por el caso de los nueve estudiantes y un profesor de la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle - La Cantuta (julio de 1992), ambos acaecidos en la ciudad de Lima durante su gobierno.

Melissa iba a cumplir ya diecisiete años de asesinada y nunca había hecho un acto de memoria por ella. Nadie lo había hecho. Solamente cada 10 de octubre y mientras estuvo vivo, Gustavo Mohme Llona sacaba una reseña de ella en su periódico.

Él nunca se olvidó de Melissa. Ahora también lo hacen, pero en la edición digital, ya no en la impresa.

Le dije a Carmen: “Carmencita, quiero hacer un acto de memoria por Melissa, por sus diecisiete años de fallecida”. Me respondió que no había problema. Ellos ya tenían el colectivo Coordinadora Contra la Impunidad (CCI) que había luchado para extraditar a Fujimori y ella organizó todo con la CCI. La ceremonia se hizo en la ANP, el primer acto de memoria para Melissa, y desde ahí yo me quedo en la CCI. Al principio, tímidamente, sin saber mucho. No conocía a los familiares, no conocía los casos, no conocía nada, pero ellos también colaboraron bastante y me ayudaron a hablar en público cada vez que era necesario.

De esta manera aprendí a enfrentarme al micrófono porque le tenía terror, hasta ahora se lo tengo.

Luego empecé a conocer diferentes casos, muchos de los cuales me movieron bastante: desaparecidos, torturados, y pensé:

“*Bueno, este es mi camino. Lucharé no solo por Melissa, sino por todos los que pueda.*”

Y ahí andamos, a veces flaqueo, a veces no. Nosotros no tenemos el apoyo económico de nadie, todo lo que hacemos sale de nuestros bolsillos.

En el año 2016 pusieron un busto de Melissa en la Universidad Jaime Bausate y Meza. Sin embargo, no tiene una reseña, no dice quién fue ni qué pasó. No permiten que hagamos conmemoraciones, siempre nos bloquean y nos piden que mejor vayamos a la ANP. Cuando se inauguró el busto ni siquiera participaron los alumnos. No hubo ni un solo aviso en los pasillos, en el patio, en ninguna parte. Fue un acto cerrado y

solamente acudió la gente que nosotros invitamos. La universidad no cursó ninguna invitación. Incluso los estudiantes ingresaron por una puerta distinta de la habitual.

El juicio de Melissa fue programado para el 18 de julio del año pasado [2019]¹⁷ en la Sala Penal dirigida por la doctora Miluska Cano. Intempestivamente, en mayo más o menos, mandaron un comunicado diciendo que se suspendía el juicio oral porque Julio Salazar Monroe¹⁸ había presentado un pedido de revisión de la acusación. Hubo dos audiencias previas, una de presentación de la acusación y la otra de revisión de los reclamos de los perpetradores, quienes no estaban de acuerdo con la acusación que se había planteado desde la Fiscalía.

La Fiscalía Superior mandó un documento a la Sala Penal diciendo que no había razón para atender el pedido de Salazar Monroe por extemporáneo, porque ya se había visto y no procedía. Lo que pedíamos era que inmediatamente se señalara la fecha del nuevo juicio oral. De esto ya ha pasado más de un año y

17 La entrevista se realizó el 16 de septiembre del 2020.

18 Julio Salazar Monroe, uno de los principales acusados por la muerte de Melissa Alfaro, fue jefe del Servicio de Inteligencia Nacional en el año 1991.

hasta ahora no hay nada. Con la CCI le enviamos un oficio al señor José L. Lecaros¹⁹, pidiéndole que nos informen de los avances que tienen estos casos, no solo el de Melissa, sino también el de Ernesto Castillo y de varios otros. Nos han contestado que no tienen presupuesto para hacerlo. Esa es la respuesta que nos han dado. O sea, nada.

Los inculpados en el caso de la muerte de Melissa son Alberto Fujimori, Vladimiro Montesinos, Julio Salazar Monroe y Pedro Edilberto Villanueva Valdivia, como autores intelectuales. Víctor Penas Sandoval sería el autor directo, está acusado de haber confeccionado y entregado los sobres-bomba (Figuroa, 2016: 85-86). Eso lo afirma además uno de los integrantes del Grupo Colina. Penas no formaba parte de ese grupo porque creo que tenía un problema con las Fuerzas Armadas: un proceso abierto por robo de drogas. Por otra parte, en el libro escrito por el periodista Ricardo Uceda, *Muerte en el Pentagonito*, Jesús Sosa, miembro del Grupo Colina, le dice a Uceda que la persona que hacía los sobres-bomba era Víctor Penas²⁰.

19 Fue presidente del Poder Judicial entre los años 2019-2020.

20 Véase: Idehpucp y EPAF (2017).

Además, en los archivos desclasificados de Estados Unidos²¹ existe una carta donde se señala que un oficial del Ejército fue a la embajada de ese país en el Perú a pedir protección presentándose como responsable de la fabricación de los sobres-bomba. Este archivo desclasificado dice también que Alberto Fujimori tenía conocimiento de estos hechos. Toda esa documentación está en el expediente y es así como se llega a identificar a Víctor Penas (Páez, 2010). El proceso sigue ahí, estancado. Venía desde la época de Fujimori –en octubre del 2020 cumple 29 años– y nos ha sido bastante difícil llegar hasta esta instancia porque hay avances y retrocesos. Puedo mencionar, por ejemplo, que el juicio de Melissa se identificaba primero como el caso “Melissa Alfaro / periodista”, por lo cual hubo un retraso cuando la Sala Penal dijo que no le correspondía a ese colegiado ver los casos de periodistas asesinados.

Entonces separaron su caso y lo pasaron a otra sala. Nosotros apelamos y cuando comenzó a avanzar, otra vez nos dijeron que “no”, que había que incluirlo en el grupo de los sobres-bomba. Todo volvió a cero y se armó otro expediente. De esta manera, el proceso

21 Véase: LUM (2002).

de Melissa está caminando ahora dentro de ese grupo. Sin embargo, hay un detalle: ella fue la única periodista que falleció, las demás personas afectadas por este tipo de atentados no murieron, excepto una. Sucede que, por equivocación, un sobre-bomba dirigido al semanario *Cambio* le llegó a un ciudadano que vivía al frente de la revista. Este lo abrió y falleció. El juicio, en realidad, ha avanzado a pasitos lentos, pero tenemos que exigir que siga adelante, tenemos que hacer plantones frente al Poder Judicial para que se atiendan los casos. Hay que ponerle bastante “punche”.

Ahorita esperamos que se abra el juicio oral porque no es posible que, habiendo pasado tanto tiempo, incluso con una opinión de la Fiscalía Superior, siga estancado. En este momento, el Poder Judicial está en el proceso de conformar otra sala para que vea los temas de derechos humanos. Ellos saben que nosotros estamos exigiendo que abran no una, sino dos o tres salas que se ocupen exclusivamente de estos casos que avanzan a paso de tortuga. No hay mucho interés por parte del gobierno para atender oportunamente a los familiares. Así estamos desde la época de Fujimori.

Los procesos judiciales están verdaderamente entrampados, hay muchas fallas en ese campo y esas son las dificultades con las que nos encontramos quienes luchamos por buscar justicia para nuestros familiares y para quienes han sufrido violaciones de sus derechos. El pueblo no entiende, el país no entiende que la democracia pasa por aplicar las leyes como deben ser. ¿Por qué, por ejemplo, durante todos estos años se ha estigmatizado a las personas que han sido asesinadas por el terrorismo de Estado? No se puede acusar de terrorista a alguien que no ha tenido el derecho de defenderse. En el caso Cantuta, se sufre bastante esto. En mi caso no, nadie ha acusado de terrorista a Melissa. Nadie.

A mí no me molestan cuando hago activismo por Melissa, no recibo mensajes agresivos ni nada por el estilo. Solo una vez un alumno de la Universidad Bausate y Meza se atrevió a hacerlo porque una promoción eligió el nombre de Melissa. Hizo un comentario en las redes, pero se le fue todo el mundo encima y lo callaron en un toque. El de Melissa fue un asesinato perpetrado por el Estado, sin respeto a sus derechos humanos.

El premio Mamá Angélica²²

Que me hayan reconocido con el premio Mamá Angélica es algo muy grande para mí. Me llena de orgullo, pero también de interrogaciones. ¿Qué hice yo para recibir un premio tan valioso? Porque Mamá Angélica fue grande, una luchadora tres veces más importante que yo. Yo no he sufrido lo que ella sí: un hijo desaparecido es totalmente distinto a uno asesinado. Y lo digo porque he pasado la angustia y la desesperación de lo que siente una madre cuando un hijo desaparece y también el dolor cuando un hijo muere. Una vez mi hijo fue asaltado yendo hacia Punta Negra y nadie se enteró hasta que llamaron sus amigos a preguntar por él, por qué no llegaba. La desesperación que sentí fue enorme y lo que hice

²² A propósito de la entrega del Premio Anual de Derechos Humanos de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, en el año 2017 se agregó otra categoría en homenaje a Angélica Mendoza y se dio inicio a la primera edición del Premio Mamá Angélica. Ese año le fue otorgado a Juana Carrión, presidenta de la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (Anfasep). En el 2018, Norma Méndez fue la siguiente persona en recibir este importante reconocimiento.



Norma Méndez, madre de Melissa, en la Ceremonia de Premiación Anual en Derechos Humanos. Lima, diciembre de 2018.
Fuente: Coordinadora Nacional de Derechos Humanos.

fue buscar una foto de él para correr a no sé dónde. Mis hijos me querían retener. “¿A dónde vas?”, me preguntaban. “No sé a dónde, pero voy a buscar a mi hijo”.

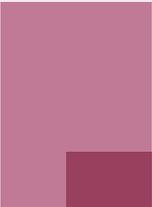
Por eso me pongo en los zapatos de Mamá Angélica y digo: “¿Cómo se habrá sentido? ¡Cuánto valor ha tenido!”. Qué orgullo recibir un premio a nombre de ella. Pero también me da pena porque me resultó tan sorprendente que no supe qué decir en esos momentos.

¡Y no hablé de Mamá Angélica! ¡Qué gran error! ¿Cómo pude hacer eso? Sin embargo, pienso en el reconocimiento, me emociono y me digo: “Bueno, eres mamá y estás luchando por tu hija. Por eso te han dado el premio”.

Y así me calmo, calmo mi ansiedad y mi sorpresa. Es agradable. Me siento muy orgullosa de haber recibido ese premio y mis hijos también. Es un legado que les voy a dejar a ellos, a mis nietos y tal vez a la sociedad.



Acto de reparación simbólica a mujeres y hombres de prensa (entre ellos a Melissa Alfaro), realizado en el LUM. Lima, 13 de diciembre de 2019.
Fuente: Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social.



Reivindicando la memoria de Melissa

El Consejo de Reparaciones, entidad perteneciente al Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, reivindicó la memoria de Melissa al aprobar su inscripción en el Registro Único de Víctimas, reconociendo las afectaciones y la violación de derechos humanos cometidas con su asesinato. En el año 2016 se develó un busto en su honor en la Universidad Jaime Bausate y Meza, su centro de estudios, y el año 2018 se publicó la nota "Un año más sin respuesta: Melissa Alfaro, ¡Presente!" en el boletín Noticias de la misma universidad. Ese mismo año, en el marco de la lucha por la justicia para Melissa, su madre, Norma Méndez, recibió el Premio Mamá Angélica en Derechos Humanos otorgado por la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos. Finalmente, se han realizado diversas actividades en la Asociación Nacional de Periodistas del Perú, y en diciembre de 2019, la ministra de Justicia y Derechos Humanos ofreció en el Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social disculpas públicas a deudos de 13 periodistas, víctimas del período de violencia de 1980 al 2000, entre ellos a los familiares de Melissa Alfaro, reconociendo que el Estado falló en la obligación de proteger la integridad y los derechos de las mujeres y hombres de prensa.

Reflexiones sobre el largo e inacabable camino recorrido

Quizá hasta antes del contexto de incertidumbre que estamos viviendo, originado por la pandemia, yo pensaba que íbamos a alcanzar la justicia, pero ahorita nos abrumba una interrogante muy grande; incluso el país va a entrar en recesión y el problema económico va a ser un impedimento para esa justicia.

No desconfío de las personas, pero sí del proceso por el que estamos pasando, cuando se habla hasta de un golpe de Estado para tomar el poder absoluto.

Para mí, detrás de esto está [Keiko] Fujimori, su gente y los apristas. Pienso que si caemos en manos de ellos todo retrocederá y será malo²³. No desconfío de las autoridades actuales. Yo sé que los jueces y ministros que hemos tenido han puesto su granito

²³ Se refiere a los sucesos que precedieron a la vacancia del entonces presidente Martín Vizcarra en noviembre del 2020.

de arena por avanzar algo, pero hay imponderables que nos impiden avanzar. Haciendo un análisis digo que ahorita estamos en *stand by*. No puedo saber si encontraré justicia antes de que muera. Todo dependerá del contexto político.

“ Yo quisiera que reconozcan a Melissa como una joven que quiso lo mejor para su país, que soñaba con un mundo distinto al que estamos viviendo y que fue una luchadora. ”

No perteneció a ningún grupo defensor de los derechos humanos porque todavía era muy jovencita, recién estaba empezando.

Quisiera que reconozcan esa forma de ser de ella, que hacía todo lo que estaba en sus manos para darles voz a aquellos que no la tienen y visibilizarlos ante

las autoridades y la sociedad. Ese era su espíritu. Por eso quiso ser periodista, servir a la sociedad y dar lo mejor de sí misma.

“ *Así quiero que la recuerden. Como una profesional que puso su alma y su esfuerzo para lograr un país más justo, con una mejor calidad de vida para su gente.* ”

Puede ser utópico, pero como joven que era tenía derecho a creer en esa utopía.

Yo quiero que me recuerden a mí como una madre que realmente hizo lo que pudo para conseguir justicia para su hija. Una madre normal, cariñosa, querida por sus hijos, por sus sobrinos. Quiero ser recordada como una madre para todos. Esa madre que a veces no la tenemos a nuestro lado o esa madre

comprensiva que escucha, que puede consolar, dar un consejo, un apoyo. Quiero también que entiendan que en la vida podemos pasar por muchísimas cosas, pero todo depende de nosotros para salir adelante y poner a un lado ese dolor por el bien de los demás. Es lo principal.

...

TESTIMONIO DE IRIS YAZMÍN
ALFARO MÉNDEZ

Testimonio de Iris Yazmín Alfaro Méndez²⁴

Melissa y yo éramos muy cercanas, pegaditas. En realidad, las tres mayores (somos cinco hermanos) nos llevamos pocos años y siempre fuimos inseparables. Compartíamos amistades y grupos, sobre todo después de la separación de nuestros padres. Incluso nos unimos más cuando yo me enfermé, perdí un año de colegio y terminé estudiando el cuarto y quinto de media junto con Meli.

Solo nos alejamos un poco cuando ambas iniciamos nuestra vida adulta. Ella ingresó a la por entonces Escuela Bausate y Meza, y luego entró de practicante al semanario *Cambio*. La verdad es que yo no llegué a conocer a sus amigos; ni a sus compañeros de estudios ni a los del semanario. Por mi parte, yo trabajaba en el área de digitación del colegio Sophianum y me

²⁴ Iris Yazmín Alfaro (54), hermana mayor de Melissa Alfaro. Tiene dos hijos, de 20 y 12 años.

preparaba para ingresar a la universidad [en 1990 ingresó a San Marcos a la carrera de bibliotecología]. Sin embargo, nos encontrábamos en la casa de nuestra tía, en Jesús María, donde a veces yo también me quedaba a dormir e íbamos juntas a fiestas y reuniones.

Melissa compartía conmigo y la familia algunos aspectos de su vida laboral. Ella optó por trabajar en *Cambio*, primero como practicante, porque le ofrecieron encargarle reportajes y publicarlos.

“ A ella le gustaba escribir y en otros medios donde se había presentado le pedían hacer de todo menos periodismo. ”

Finalmente, le dieron el puesto fijo. Y en eso estaba cuando sufrió el atentado. Enterarme de su muerte me devastó. A todos. Ese día yo salí del trabajo y,

como de costumbre, me paré en la esquina a esperar a mi enamorado (que ahora es mi esposo). El Sophianum está a unas diez cuadras del lugar donde quedaban las oficinas de *Cambio* y, justo esa tarde, mi enamorado se retrasó. Para hacer tiempo, me puse a dar vueltas a la manzana. Luego supe que alguien me había llamado al colegio, no sé si fue mi hermana Vivian, y una de mis colegas había salido a buscarme varias veces, pero nunca me encontró.

Cuando al fin llegó mi enamorado nos fuimos al centro. Debíamos tomar el bus a Ventanilla en la plaza Dos de Mayo, pero primero nos fuimos a caminar por Tacna y Wilson. Nos demoramos. Después enrumbamos a mi casa.

Como muchos saben, Ciudad del Deporte tiene una sola pista de subida y bajada, y las casas están a los lados, en pasajes. Al llegar, pude ver con sorpresa que mi tío, casado con una prima de mi mamá, regresaba hacia Lima en su auto. Me sorprendió mucho porque él solo nos visitaba cuando mi papá llegaba de Pucallpa. Me sorprendió más aún que mi hermano menor, Igor, estuviera con él. Detuvo su carro, salió y me abrazó, me dijo que Melissa había fallecido. No

le creí, pensé que me hablaba de mi papá. Subimos al carro con mi enamorado. Durante todo el camino de vuelta a Lima, yo le preguntaba qué había pasado, pero mi tío no me contestaba, solo decía: “Vamos a llegar y vamos a buscar a tu mamá”. Ella se había ido al almuerzo de una amiga. No me entraba en la cabeza que Melissa hubiese muerto, me decía a mí misma que seguramente estaba en el hospital. Mi hermano me miraba atemorizado. Quería abrazarlo, pero estaba en *shock*, todos estábamos en *shock*. Buscamos a mi mamá en casa de su amiga; ya no estaba ahí.

Después de eso vino el entierro. Todos estábamos devastados. Mi mamá casi no hablaba. A los pocos días, mi papá –que había llegado de Pucallpa, donde era vicepresidente regional– hizo la primera denuncia ante la Fiscalía, acompañado por la gente de *Cambio*, el director Arroyo y otros más.

Una de las primeras instituciones que nos empezó a ayudar fue la CEAS [Comisión Episcopal de Acción Social], designando a José Ugaz como nuestro abogado. Yo fui allá con mi papá. En la semana que estuvo acá, antes de que volviera a Pucallpa,

lo acompañé a hacer varias diligencias. Incluso presentamos el caso de Melissa ante el Congreso.

Fue pasando el tiempo y a raíz del autogolpe de Fujimori en 1992, las pequeñas diligencias que hicimos quedaron en nada.

“Ese año, los militares entraron al local de Cambio y se llevaron todo lo que se estaba investigando sobre Melissa.”

Desaparecieron hasta los artículos que estaba escribiendo, las fotos que había tomado y que nosotros habíamos pedido a sus amigos, pero fue imposible. Se llevaron todo.

A partir de ese momento hubo un silencio total: de la prensa, de la Fiscalía, de todos. Fui a la CEAS para hablar con José Ugaz y me derivaron con otro

abogado, el doctor Jhon, pero nada prosperaba. En esos momentos mi mamá seguía en *shock*, estuvo durante mucho tiempo callada. Para que ella no sufriera más, nosotros sus hijos, toda la familia, no decíamos nada, no tocábamos el tema. Recién ahora nos estamos hablando, abriendo, diciendo.

Más tarde entré a trabajar al Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán y, en ese ínterin, en 1995, se dio la ley de amnistía a los militares del Grupo Colina, que habían cometido abusos contra los derechos humanos; o sea, peor todavía. En “Flora” conocí a la abogada Giulia Tamayo, ella intentó ayudarme, quisimos ir a Aprodeh, ver otros medios, pero en todas partes la respuesta era siempre la misma: “Hay amnistía, no se puede hacer nada”.

Hablé con Henry Pease, con Javier Diez Canseco, y todos me decían lo mismo: “No se puede hacer nada”. Durante mucho tiempo, además, anduve sola. No articulé, no conocía a los familiares de las víctimas ni a las víctimas de otros casos, no sabía cómo integrarme a ellos, estaba sola.

Por otra parte, justo cuando yo entraba a “Flora”, Sofía Macher salía para irse a la Comisión de la

Verdad y Reconciliación (CVR). Intenté hablar con ella, pero no conseguí nada. Después me casé, perdí a mi primer bebé, me hicieron una operación y empecé a trabajar en la hemeroteca de la Universidad del Callao. Tuve que enfocarme en mi familia. Hasta que un día me llegó el Informe Final de la CVR. Lo vi, lo leí y me dio un ataque de ansiedad, de rabia.

“ El caso de Melissa apenas había sido nombrado junto con otros atentados con sobres-bomba. ”

Fue horrible. Sentí la impotencia de no haber podido visibilizar el caso de mi hermana. Y empecé de nuevo. Escribí cartas a organismos como Amnistía Internacional y Aprodeh, a personalidades, preguntándoles por qué nadie se hacía cargo del caso de Melissa, por qué nadie nos daba la mano o nos ayudaba a encauzar este tema. Los únicos que

me contestaron fueron los de Aprodeh. Me dieron una cita y fui con mi mamá, quería encaminarla, que se involucrara. Eso habrá sido hacia el 2003 o 2004. Ahí nos conectaron con una abogada y comenzamos otra vez. Por esos días, salí embarazada nuevamente y dejé que mi mamá se ocupara de las cosas, siempre con mi apoyo.

De Aprodeh mandaron a mi mamá al CAPS [Centro de Atención Psicosocial], donde fue tratada por una psicóloga y por una psiquiatra. Así pudo, recién, hablar de Melissa y de lo que le había ocurrido. Y se fue empoderando, poco a poco. Pasados los años conoció a los familiares de las víctimas de La Cantuta y a víctimas de otros casos. Cuando se dio la extradición de Fujimori, mi mamá ya había tejido una serie de lazos con otras personas con las que pudimos caminar y visibilizar cada vez más el caso de mi hermana.

Se nos comenzaron a abrir puertas y más puertas en esta lucha interminable. Yo pienso que cada pasito que damos, cada persona que se nos acerca preguntando por Melissa, que se une a nosotros, que se solidariza con nuestra tragedia nos ayuda a sanar.

Nosotros, como familia, creemos que se necesita encontrar justicia. Tanto el 2020 por la pandemia y el 2021 por la coyuntura política han sido muy difíciles. Tratamos de mantenernos, de seguir siendo optimistas, pero ya se van a cumplir 30 años de la muerte de mi hermana y no hay cuando esto funcione. A pesar de eso, estamos fortalecidos porque hemos logrado que la memoria de Melissa siga viva.

...

TESTIMONIO DE JANOS IGOR
ALFARO MÉNDEZ

Testimonio de Janos Igor Alfaro Méndez²⁵

El 3 de octubre de 1991 fue la última vez que vi a mi hermana, yo acababa de cumplir 13 años y era el menor de todos. A ella la asesinaron una semana después. Melissa era un puente para todos los hermanos, nos unía, era jovial e independiente. Siempre estaba atenta a cada uno de nosotros.

Mi hermana no murió, a mi hermana la asesinaron, pues no perdió la vida en un accidente, sino a través de un atentado perfectamente planificado. Me enteré de su muerte cuando vivía en la Ciudad del Deporte en Ventanilla (Callao). Recuerdo que estaba jugando en el Max Play que me habían regalado por mi cumpleaños y llegó mi tío Hugo, que no solía venir hasta Ventanilla. Tocó la puerta y me dijo:

²⁵ Janos Igor es el quinto hermano de la familia Alfaro Méndez. Egresado de la carrera de Bibliotecología y Ciencias de la información de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, artista escénico, fotógrafo y activista por los derechos humanos.

“Tu hermana sufrió un accidente”. Yo estaba solo y fuimos a buscar a mi hermana Iris.

Mientras íbamos, imaginaba que ella estaba en el hospital. Yo soy agnóstico desde muy pequeño, pero en ese momento me puse a pensar en la posibilidad de que existiera una entidad superior [Dios]. Y le dije: “¡Dios, haría lo que fuera para que mi hermana esté viva!”. En mi mente cantaba la canción “Gaviota” de Silvio Rodríguez. Me llevó hasta el semanario *Cambio* donde ya se encontraba mi hermana Iris. Me quedé en el auto y mi hermana fue a averiguar qué había sucedido. Cuando regresó, me dijo: “Tienes que ir a la casa del tío Hugo”. La vi con los ojos llorosos y le pregunté: “Melissa está mal, ¿no? ¡Está muerta!”. Y mi hermana llorando lo único que hizo fue asentir con la cabeza. Luego recuerdo que ya en la casa de mi tío, me encontré con mi hermano Alain, nos abrazamos y lloramos. Nunca había visto llorar a mi hermano hasta ese momento.

Durante mucho tiempo me hice la idea de que mi hermana estaba de viaje. Ese suceso y, obviamente, otros hechos que ocurrieron después me convirtieron en la persona que soy. A los 13 años supe que tenía

un objetivo: buscar justicia por su asesinato. En ese momento, mi padre no vivía con nosotros, pero nos brindaba apoyo económico. Sé que en su momento intentó abrir una investigación a través de la Cámara de Diputados, donde se presentó el recurso, pero luego del autogolpe fujimorista del 5 de abril de 1992 quedó todo desestimado.

Luego, nosotros seguíamos sin entender nada de lo que había pasado. Nuestra madre se hundió en una gran depresión por muchos años, cosa que también afectó a toda la familia. Ella no pudo testificar ante la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2001-2003), a pesar de los años transcurridos. No pudimos encontrar un rumbo y por más que lo intentábamos parecía que todo nos salía mal. Un asesinato de tal magnitud repercute toda la vida, es muy difícil reponerse, aun después de treinta años y sin encontrar justicia.

La justicia se va haciendo cada vez más difícil de alcanzar, pues hay que pelear contra la opinión de la sociedad y la estigmatización. Sin embargo, a pesar de las dificultades hemos generado acontecimientos positivos que nos animan a seguir luchando.

En 1998, cuando ingresé a San Marcos, llevé un curso de fotografía documental y decidí hacer un proyecto sobre mi hermana porque yo me hacía muchas preguntas como: ¿por qué no estábamos peleando?, ¿por qué no seguíamos buscando justicia? En ese momento, me empecé a cuestionar y se lo planteé a mi familia. Comenzamos a buscar referentes y a pensar cómo podíamos mover nuevamente el caso.

Ahí es donde mi hermana Iris se contacta con la Coordinadora de Familiares Contra la Impunidad y mi mamá empieza a participar en la búsqueda de justicia. Encontramos el apoyo que necesitábamos en otros familiares e iniciamos esta lucha entre los años 2000 y 2004. Nos sentíamos fuertes para afrontarla porque el impacto de su muerte reafirmó nuestra voluntad y decisión de defender los derechos humanos, luchar en favor de la memoria, no solo para ella, sino para todos los casos de violencia política cuyo seguimiento está a cargo de la Coordinadora. En mi familia decíamos: “Tenemos que dar a conocer el asesinato de mi hermana”. Debíamos poner ese hecho en la esfera pública, para que las personas y el Estado identifiquen y visibilicen lo que pasó. Por eso, agradecemos el apoyo de los familiares y de

la Coordinadora. Todos los años conmemoramos la fecha del asesinato de Melissa con diversas actividades. Empezamos a utilizar las redes sociales y diseñamos estrategias tanto para alimentar un “blog” –con información del caso y recuerdos– como para contactar a personas que la conocieron y nos pudieran revelar su lado humano, pues yo también quería saber más de mi hermana.

Mi búsqueda empezó a través de sus amigos, de quienes trabajaron junto a ella, con la finalidad de que recuerden todos los hechos que compartieron juntos. Teníamos la idea de difundir lo que le pasó a través de un libro, de un documental, de unas conferencias. En lo personal comencé a buscar los diferentes lazos que me unían a ella y me di cuenta de que son las mismas personas con las que yo me hubiera involucrado en esa etapa de su vida.

El recuerdo de mi hermana va a estar más vivo que nunca por la memoria que estamos sembrando en todos los activistas y en todas las personas que van conociendo su caso. Ese es el objetivo que nos hemos propuesto.

“ Si la justicia comprueba que el Estado fue el responsable de enviar un sobre-bomba o una carta-bomba quedará desbaratada toda suposición de que fueron solo excesos cometidos. ”

Vamos a hacer todo lo posible para que esa justicia llegue, pues tenemos pruebas y testimonios, aunque somos conscientes de que va a tardar. Sin embargo, dudo mucho de que esto nos satisfaga completamente en el plano emocional y familiar, ya que sabemos que las condenas son amañadas por el sistema.

Por eso también estamos apostando por la justicia social, la de la comunidad, manteniendo vivo el reconocimiento del caso y que con ello se diga: “Ah, mira, esto sucedió durante el período de violencia política y no debió ocurrir”. Yo creo mucho en ese tipo de justicia y eso nos parece súper reparador; después

de nosotros, mi sobrina y mis sobrinos seguirán dando la lucha. Queremos que el caso de Melissa sea emblemático, que no solo signifique alcanzar justicia para ella, sino para todas las víctimas del Estado, y para que esto no se repita nunca más.

Nuestra esperanza es que en este proceso –que sabemos va a durar toda la vida– se irá reparando el tejido social que se rompió.

...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alza Barco, Carlos y Henry Dyer Cruzado (2016).

“Capacidad y estrategia en la reforma del régimen pensionario del Decreto Ley N° 20530 o ‘cédula viva’ en el Perú”.

Apuntes, 43 (79), 47-78.

En <https://bit.ly/3ooTOEq>

ANP (2019).

ANP: Conversatorio “Justicia para Melissa Alfaro”.

Lima: Asociación Nacional de Periodistas del Perú.

En <https://bit.ly/2Y2HAGM>

APRODEH (2018).

“APRODEH participó como jurado en XXVIII Ceremonia de Premiación Anual en Derechos Humanos 2018”.

Lima: Asociación Pro Derechos Humanos, 11 de diciembre.

En <https://bit.ly/3CW617L>

CNDDHH (2009).

“Defensores y defensoras de los derechos humanos en el Perú”.

Lima: Coordinadora Nacional de Derechos Humanos.

En <https://bit.ly/2XWfYmC>

CSJR (2009).

Sentencia contra Alberto Fujimori Fujimori (Exp. N° A. V. 19-2001).

Lima: Corte Suprema de Justicia de la República, Sala Penal Especial, 9 de abril.

En <https://bit.ly/2Y9LhKT>

CVR (2003).

Informe Final.

Tomo VII. Lima: Comisión de la Verdad y Reconciliación.

En <https://bit.ly/3ujLcQF>

Figueroa Espejo, Irma Mercedes (2012).

“Fue así como se fue”.

Álbum fotográfico familiar como espacio para representar y reconocer a las víctimas de la violencia en el Perú.

Tesis para optar el grado de Magíster en Antropología Visual.

Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Figueroa Espejo, Irma Mercedes (2016).

“‘Fue así como se fue’.

El álbum fotográfico familiar como espacio para representar y reconocer a las víctimas de la violencia en el Perú”.

En *Maguaré*, Vol. 30, N° 2, julio-diciembre, pp. 81-120.

Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Fundación Gustavo Mohme Llona.

“Emotiva entrega de Premios en Derechos Humanos 2018”.

Lima, 11 de diciembre.

En <https://bit.ly/39N3sbE>

IDEHPUCP y EPAF (2017).

Rutas de la memoria.

Lima: Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Equipo Peruano de Antropología Forense.

En <https://bit.ly/3m8egXx>

LUM (2002).

Defensoría del Pueblo.

Documentos Desclasificados.

Revisado en la plataforma virtual del Centro de Documentación e Investigación del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social.

En <https://bit.ly/2XY2h6o>

MinjusDH (2019).

“MinjusDH ofrece disculpas públicas a familiares de 13 periodistas víctimas del período de violencia de 1980 al 2000”.

Lima: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos.

En <https://bit.ly/3ujMNGa>

Municipalidad Provincial de Coronel Portillo (2017).

PDU Diagnóstico urbano de la actualización del plan urbano de desarrollo de Coronel Portillo.

2017-2027. Pucallpa.

En <https://bit.ly/3ijbePg>

Páez, Ángel (2010).

“Asesino de los ‘sobres-bomba’ confesó que actuaba por orden de Montesinos”, 12 de marzo.

En <https://bit.ly/3kOlW1G>

Universidad Jaime Bausate y Meza (2018).

“Un año más sin respuesta: Melissa Alfaro, ¡Presente!”.

Noticias, N° 16.

En <https://bit.ly/3ig8LVH>



LUGAR DE LA MEMORIA
LA TOLERANCIA
Y LA INCLUSIÓN SOCIAL



Bajada San Martín 151
Miraflores, Lima - Perú



lum.cultura.pe

Síguenos también en:



19
TODO INDIVIDUO TIENE
DERECHO A LA LIBERTAD
DE OPINION Y DE
EXPRESION Y DE
DEBERE...
NO...
CAUSA DE SUS...
OPINIONES...
INVESTIGAR...
INFORMACIONES...
OPINIONES, Y EL DE
DIFUNDIRLAS, SIN
LIMITACION DE
FRONTERAS, POR
CUALQUIER...
EXPRESION...

20
1. TODA PERSONA
DERECHO A LA
DE REUNION Y
ASOCIACION
NADIE PUEDE
OBLIGADO A
PERTENECER
ASOCIACION.